

¡CUANTO QUE VOS SABÉS, MAMITA...!



- **E**l amor de Dios por cada uno de nosotros, es realmente maravilloso e inmenso. Su amor, es la mejor escuela para que se ejerciten nuestras almas... - le explicaba la dulce madre a su tierno hijo, mientras recorrían juntos las páginas de un libro religioso, espléndidamente ilustrado y editado en papel de excelente calidad.

Alex era ese tipo de niño que todos quisiéramos tener. Con rostro angelical y rubios cabellos sedosos que caían enredados sobre sus redondeados hombros, tenía una piel blanca y suave, ante quien nadie podía resistirse a abrazarlo fuerte, muy fuerte contra su pecho. Miraba a su madre con un rostro embelesado, fascinado:

- ¡Cuánto que vos sabés, mamita...! - solía repetirle mientras la abrazaba.

La lectura religiosa era una infaltable rutina diaria, antes de partir de la mano de su padre, camino de la escuela. La madre, siempre le hablaba y hablaba del eterno amor de Dios. El padre en cambio, era distinto... Creía en un Ser Supremo, pero a su manera... lo cual era motivo para que ella, lo tratase a cada rato de indigno ateo y quizás, hasta de algunas rencillas que se mantenían cuidadosamente ocultas.

Faltando apenas dos minutos para partir hacia la escuela, el noticiero del televisor cesó bruscamente en su incesante flujo de noticias y un llamativo y colorido cartel, acompañado de una especial y estridente música, anunció con gruesas y enormes letras de imprenta, algo que resultaba demasiado trascendente. Era un paro sorpresivo de docentes, que se había instalado en la provincia entera...

El rostro de Alex se iluminó con una sonrisa inmensa. Sus ojitos picarones se movían de un lado para otro y los labios, conteniendo a duras penas una reprimida y triunfal sonrisa, denotaban sin que nadie le explicase nada, que entendía perfectamente la noticia: Hoy, podría faltar a la aburrida escuela...

El patio de su casa le parecía - en esa espectacular e inesperada mañana de regalo -, el lugar más hermoso y divertido del ancho mundo. La pelota de fútbol, igual que las profesionales, rebotaba endemoniada por el suelo y por las paredes, como si la manejase el mismo Maradona. Un vecinito, en la misma situación escolar, escuchó el alegre repiquetear y le propuso jugar juntos.

Alex de siete años y su amigo, de nueve. Demasiados años de diferencia, desequilibrando las fuerzas... y así, no resultó extraño que a los pocos minutos de comenzado el partido, el más pequeño fuera perdiendo vergonzosamente, por cuatro goles contra cero. Vergonzosamente... porque su madre lo estaba mirando y él, quería demostrarle a ella que era bueno como jugador. Muy bueno. El mejor.

Apelando a todo su amor propio, pelándose la rodilla en una caída y con un abultado chichón en la cabeza, consiguió remontar el adverso marcador hasta un honroso y merecido "cuatro a tres". Un solo gol más... y empataría, con lo cual su vapuleado orgullo, pronto estaría bien a salvo. El gurrumino más grande, el de nueve años, se había confiado demasiado en su fácil e inicial victoria.

Los dos últimos disparos de las piernas de Alex, estrellaron la pelota contra los troncos de unos árboles que oficiaban de improvisados arcos de fútbol, salvándose su amigo "por un pelo". Merecía estar ganando por un gol, pero la suerte le era adversa...

En un instante como rayo, divisó que el de nueve se había distraído con una amarillenta y zigzagueante mariposa. Apurado por aprovecharse de la inesperada circunstancia, Alex tomó carrera pensando que le iba a pegar con el máximo de sus orgullosas fuerzas y pateó... Su pequeño pie salió volando sorprendido por el aire, pues le erró a la esquiva pelota y cayó de espaldas sobre ella, rodando de costado hasta unas peligrosas y viejas botellas rotas, ubicadas por debajo del piletón de lavar la ropa.

En un brevísimo instante, su cuello y el mundo entero se redujeron a un insoportable dolor punzante y a un ruido de cartón que se estrujaba, el cual le recorrió todo su cuerpo como si se tratase de un incomodo y sufrido escalofrío. Algo húmedo, viscoso y caliente, comenzó a bajarle por el cuello y lo obligó a apartar del piso su confundida y desorientada cabecita. El filoso vidrio de una vieja botella rota, manchado en una rutilante sangre escarlata, apareció ante sus aterrados ojos como una pequeña cuchilla abandonada por un invisible y tétrico enemigo...

La sangre se le escapaba del cuello y caía imparable, irremediable, sobre unas desgastadas y desteñidas baldosas, armando un creciente charco de vida que moría palpitando... Alex quiso levantarse y buscar a su salvadora y adorada madre, pero resbaló en su propia sangre y volvió a besar la dura y ahora carmesí superficie, de su querido patio...

- *Que bronca, solo me faltaba un gol para empatar...* - fue lo último que alcanzó a pensar el tierno Alex, antes de que todo se le volviese muy oscuro y negro, sin tiempo y sin espacio...

- *¡Se cortó la yugular!* - gritaba desesperada la joven médica de la ambulancia, al llegar en prioridad de emergencia a la guardia del Hospital de Agudos - *¡¡Urgente, urgente, hay que llevarlo al quirófano...¡¡ ¡¡Llaman a hemoterapia, hay que administrarle sangre, ya...!!*
- *¡¡¡Nooooooooo...!!!* - gritó como una bestia condenada y fuera de sí, la madre del nenito, mientras el padre que también acababa de llegar, la agarraba violentamente del brazo y se la llevaba forcejeando, hasta el hall de entrada del enorme nosocomio...

Una hora. Dos Horas. Sangre y suero. Suero y sangre. Tan cerca y tan lejos de todo... ¡Respirá nenito, respirá, por favor...! Un cirujano que se pone pálido, tan pálido como Alex... O más... ¡Traigan el desfibrilador! Un choque eléctrico en plena región del corazón, dos choques... diez choques... y no sale. No sale. No responde. Por favor Alex, salí... Adrenalina inyectada dentro del mismo corazón... y nada. Nada. Nunca más... Alex se fue... ¡Se fue! Nunca más... ¿entendés?... Nunca más existirá otro Alex... y solo le faltaba un gol para empatar. Uno solo...

- *¡Menos mal que se murió, porque ahora estaba impuro y para siempre... y culpa de ustedes que lo transfundieron con sangre... en contra de las enseñanzas sagradas de Jehová!* - decía en una insólita y fría actitud, increíblemente tranquila tratándose de una madre que acababa de perder a su pequeño y único hijo... Y seguía acusándolos a todos, con un rostro impasible e impenetrable, como una verdadera estatua de piedra.
- *¡¡¡¡¿Qué?!!!!!* - fue el grito indignado que llegó hasta el cielo, de todos aquellos médicos manchados en sangre, de las enfermeras empapadas en sudor, de los técnicos que corrieron por las escaleras buscando ganar hasta el último segundo, de las ascensoristas que clavaron el elevador en el piso del quirófano por si era necesario, de las empleadas que se pusieron espontáneamente a rezar y hasta de las mismas mucamas, que habían recogido humildemente del suelo la sangre que chorreaba del pequeño cuello, esas últimas gotitas de vida del pequeño Alex.
- *¡Si, estaba impuro por esa maldita sangre que ustedes le pasaron!* - continuaba gritando y acusando a diestra y a siniestra, aquella enfurecida e irrazonable madre, más preocupada porque habían transfundido a su pequeño hijo, que porque se había muerto...

Los médicos, enfermeras, técnicos, ascensoristas, empleados y mucamas... se abrazaban y lloraban desconsolados, como un asustado y tembloroso jardín de infantes, olvidados del frío y distante profesionalismo. Sollozaban angustiados junto al abatido padre, que lloraba clamando que alguien le dijese por favor, que todo era una terrorífica mentira o que era tan solo, una horrible pesadilla... El hospital era una sola y enorme lágrima, lamentando no haber podido salvar al pequeño e inocente Alex...

Eran unos simples médicos de guardia, acompañados de sus esforzados y esforzadas auxiliares... Pero para esa madre, eran tan solo unos pobres ateos, unos vulgares pecadores condenados y sumamente indignos de figurar entre aquellos elegidos que entrarían al glorioso Reino de Dios... pues estaban alejados del amor de Jehová al contradecirlo, transfundiéndole sangre a los enfermos... ¿Alejados...? Pero... ¿Quién era el que realmente estaba alejado...?

- *¡Cuánto que vos sabés, mamita...!* - igual parecía repetirnos sin palabras, el cuerpecito blanco e inerte, del inocente y puro Alex. Ese niño, que tanto adoraba a su mamá...

